

... como tal por una...
... esta subsistencia mediante su...
... dos, asimilados y vividos en un...
... versión; unifican así toda...
... impulsos de actos...
... de tomar esta designación como una ver...
... efectivamente, siendo... presencia misma del he...
... no es susceptible de def... rigurosa. No es tam...
... espiritual pura, separada de... trabajo de la ran...
... la se revela, sin embargo, me... te una experi...
... libertad de cada uno; no la experiencia inmediata...
... ia progresiva de una vida, la vida personal. Ni...
... al menos no se ha acercado, o ha comer...
... de son incomprensibles y cerradas...
... no puede...
... llama

TESTIMONIOS



Carta a Emmanuel Mounier

Manuel Mercader Martínez¹

De nuevo me encuentro contigo y, de nuevo, me cuestionas y me impactas.

Hace quince años que bianualmente me sales al encuentro y, esta vez, no quiero que pase yo de largo junto a ti, como lo he hecho en seis ocasiones anteriores. Y quiero que mis alumnos y alumnas te conozcan bien, los de las anteriores generaciones y los de la actual. Los que vengan, también te alcanzarán.

Necesitamos, antes que nada, identificar tu testimonio, ojalá vibrar con él. El contagio de tu pensar sólo es válido porque lo acompaña el compromiso, reiterado e incuestionable, de tu reflexión y tu sentir, de tu vivir para ti y para los otros.

Es lo que recomendaban, hasta la saciedad, pensadores como Miguel de Unamuno (1864-1936) y María Zambrano (1904-1991): pensar con la vida auestas, dar a entender lo que se piensa con el recurso a la vivencia del que piensa y comunica su pensar. Tú lo cumpliste a cabalidad, Emmanuel.

Ojalá, algún día, llegue a mis manos ese libro que todos los que creen en ti, y siguen tu camino, recomiendan leer antes de adentrarse en tus escritos. Se trata, según me han dicho, de un resumen póstumo, "Mounier et sa generation", compuesto de abundantes extractos de tu correspondencia y de tus cuadernos íntimos.

"Encontrar a las personas -escribiste evocando tu infancia y tu adolescencia- es lo que yo esperaba de la vida. -Y añades esta reflexión

que hiciste, seguro, basado en tu propia experiencia-: sentía, muy bien, que esto quería decir encontrar el sufrimiento". Y me quedé pensando, al escucharte decirlo, de qué sufrimiento estarías hablando. Y me acordé de lo que nos dijo, medio siglo después de tu partida, la Madre Teresa de Calcuta: que dar duele, y que, si no hay dolor, no hay don, por más felicidad espiritual que uno sienta. ¿Será por eso que no nos atrevemos a ser personas hechas y derechas, y nos contentamos con ser unos autocomplacientes y distraídos individuos, narcisos y egoístas?

Cuando tú hablas, en el Manifiesto al Servicio del Personalismo, de los "principios de una civilización personalista", nos haces hincapié en que "no basta haber salido de la dispersión del individuo para alcanzar la persona", sino que hay que lanzarse, decididos, a lo que son -dices tú-, los abismos de la persona auténtica, que no se encuentra más que dándose.

Tú te diste a los estudios científicos, por más que te sentías atraído por una vocación literaria, que, dices, sentías nacer en ti. Aquí se inicia tu ruta dialéctica, dando saltos cualitativos siempre hacia lo que encontrabas en la vida y en los otros, y te llamaba, requería de ti algo más, y diferente de la comodidad y satisfacción en lo que estabas haciendo. Lo que, a las postre, ya te resultaba incómodo. Y zarpabas en busca de más, de más persona en ti, y en el otro. Aunque llegaría el momento, en tu vida de constante respuesta, en el que te empecinarías en algo, una y otra vez, porque habías llegado al encuentro personal con tantos otros que te llamaban con insistencia y reclamaban, inequívocamente, tu servicio. A partir de ese contacto "nosótrico", te lanzaste a fundar y refundar, a promover sin descanso la maravillosa revista "Esprit", canal de comunicación de toda tu experiencia y pensamiento, así como la de todos los que se unían a tu cruzada de solidaridad y compromiso de justicia y libertad permanentes, cruzada firme, pacífica y liberadora de las conciencias y de los oprimidos.

Para ti ser persona fue, cada vez más, ser comunidad, y estar y avanzar con la comunidad te hacía cada vez más, más persona. Decir persona, para ti, era decir comunión y actuar en comunión, te conducía "a los misterios del ser", a la totalidad esencial de un individuo completo, es

¹ Licenciado en Filosofía y Magíster en Orientación y Desarrollo Humano, Coordinador General del Proyecto Educativo "Entre Todos" en la Universidad Pedagógica Nacional de Mérida, Yucatán, México.

decir, a un ser más que animal racional y político, un ser, además, sensible y espiritual, todo en uno; es decir, un ser lleno de todo lo que la vida da y lo que él entrega a la vida.

Qué bien que no te suicidaste cuando, a tus veinte años, al estar estudiando ciencias físico-químicas y de historia natural, te sumergiste en una crisis, con tal desesperación que acariciaste el suicidio. Pero te enfrentaste contigo mismo y en unos días de retiro y meditación silenciosa, en soledad fecunda, leíste “en letras de fuego la necesidad de cambiar de camino”. Y te lanzaste, acompañado del pensamiento de Henri Bergson (1850-1941) y, bajo la guía de un maestro bergsoniano, te dedicaste al estudio de su filosofía vitalista y a la docencia viva de la misma. Tú aprendiste con ellos y contigo mismo que el “impulso vital” del ser humano se manifiesta en formas nuevas e imprevistas de vida y que la intuición asalta constantemente al intelecto y le hace evolucionar, afrontar la realidad desde el interior más vivo de la propia persona y, a fuerza de emoción y voluntad, la hace enfrentar, con esa fuerza, situaciones nuevas, y construir constantemente pensamientos luminosos para ejercerlos con sentido de libertad y elegir, en comunión con otras personas, los caminos de hoy y de mañana.

Esos caminos los encontraste, como estudiante y docente de filosofía existencial, al acercarte y entregarte, sin pensarlo casi, a las acciones humanitarias que se llevaban a cabo en la parroquia de Saint Laurent, en el barrio más pobre de tu ciudad de Grenoble (Francia) en la que naciste de familia humilde.

Tú dijiste, en tu manifiesto: “La vida de la persona... no es una separación, una evasión, una alienación, es -y lo subrayas- presencia y compromiso”.

Si es “presencia”, es estar o hacerse presente ante algo o ante alguien, ante un suceso o ante un llamado, y estar dispuesto a responder a esa otra persona, a esa situación humana o coyuntura -familiar, comunitaria, regional, universal- que necesita o reclama un servicio continuo, un don, temporal o permanente, de mis cosas, de mi tiempo, de mis cualidades, de mis habilidades.

¿Estoy en lo correcto, Emmanuel? ¿Sería esto el compromiso? No, claro, en el sentido popular de que hago algo porque no hay más remedio, y lo hago a la fuerza, para que no digan. Sí, en cambio, se trata de una entrega sincera, solidaria, movida por la comprensión y por el amor. Tú lo explicas, profusamente, en tu manifiesto. Y analizas, de entrada, para que captemos mejor tu concepto de persona, la diferencia que existe, el contraste, entre lo que conocemos como individuo y lo que entendemos, o deberíamos entender, como persona.

Planteas, humildemente, que vas a llamar individuo a algo que conocemos muy bien todos, y es de lo único que tenemos experiencia inmediata, pues “no existe -adelantas- experiencia inmediata de la persona”. Cuando intentamos encontrarnos, por primera vez, con nosotros mismos, lo hacemos difusamente, en la superficie de nuestra vida -son casi tus palabras exactas, y añades-: “lo que contemplamos de nosotros son personajes más o menos difusos, entre los cuales floto, en los cuales me distraigo o me escapo”, es decir, no llego a las profundidades de mi ser o, egoístamente, no quiero llegar. “Gozo -señalas, crítica o autocriticamente, como parte que te sientes de este grupo humano de seres conscientes-, gozo con complacencia y avaricia una clara dispersión que es, para mí, una especie de fantasía interior, fácil y excitante” que me distrae de llegar a las profundidades de mi responsabilidad como persona que soy para mí y para los otros. Sería como un narcisismo paralizante, ¿no?

¿Qué edad tenías, Emmanuel, cuando pariste este Manifiesto al Servicio del Personalismo, para engancharnos en una vida más constructiva, más limpia, con más sentido, con vocación bien asimilada y puesta a andar con brújula y creatividad para llegar, sorteando las mil vicisitudes y obstáculos, a metas sucesivas de humanidad cada vez más humana?

¿Eras joven, todavía, verdad? Tú nos dejaste pronto, a tus cuarenta y cinco años. Pero ya veinticinco años antes te inquietaba ser más y siempre mejor. Gracias, Emmanuel, por reiterar, en tus múltiples reflexiones, escritas y habladas para todos nosotros, en los que siempre pensabas, tu clarividente visión de nuestra misión en

el mundo y en la historia. Gracias. Es emocionante recordarte. Queremos seguirte en tu itinerario, ascendente entre soledades e indiferencias, prueba de tu fuste de héroe y de santo, de un ser humano visionario, intuitivo e inteligente. Perdona que así lo escriba, pero es que me llega al alma tu testimonio.

En 1927, a tus veintidós años, resuelves, magistral y valientemente, una crisis provocada por los encuentros despistados con el ambiente parisino a donde llegaste ávido de seguir aprendiendo en la Sorbona y supiste y pudiste descolgar frente a tantos y tan despistados críticos tuyos que no toleraban tu independencia de pensamiento, tu rectitud y coherencia en el actuar y el tesón en defender tus hallazgos contra viento y marea, fundando una doctrina viva, operativa, constantemente dialéctica y revisada, nunca dormida ni dormitada.

Tú tenías la cabeza lo bastante sólida para no dejarte deslumbrar por fuegos de artificio, y reaccionabas con vigor fulgurante. Tuviste que romper, sinceramente, con amigos y con maestros cercanos, tutores tuyos, y te aventaste a caminar aparentemente solo. Eran otros los que, ahora, te acompañaban. Y crecías y crecías, en lucidez y en donación. Tú les decías a tus nuevos amigos, discípulos o inspiradores, mentores tuyos todos: “Sí, tengo una idea muy clara del sentido de mi vida. Entended esto como una impulsión y una luz, más que como una dirección preconcebida. Por lo demás, quiero recibir y dar en todo”. ¡Poca cosa, Emmanuel! ¡Qué bárbaro! ¡Esa tu vocación: seguir dando y recibiendo, al parejo de la historia y de la humanidad, para seguir construyendo historia y elevando y salvando humanidad!

Me impresionan, Emmanuel, tu claridad y tu fuerza, tu caminar certero y tesonero. Dices en tu manifiesto: “El mal más pernicioso del régimen capitalista y burgués, no es el hacer morir a los hombres, es el ahogar en la mayor parte de ellos, por la miseria o por el ideal pequeño burgués, la posibilidad y el gusto mismo de ser personas”.

Asentabas, antes de decir esto, que: “somos los primeros en proclamar que el despertar de una vida personal no es posible -fuera de las vidas heroicas- más que a partir de un mínimo de

bienestar y de seguridad”. Pero nos alertabas, y añadías después: “el primer deber de todo hombre... no es salvar su persona -pues esto sería craso individualismo-, sino comprometerla en cualquier acción, inmediata o lejana, que permita -a estos seres humanos marginados por el sistema- hallarse renovadamente situados frente a su vocación con un mínimo de libertad material”.

Tú nos alientas a cada paso de tu renovada experiencia y de tu sabia reflexión, a que “saltemos al plano de la conciencia por encima de la dispersión de nuestra individualidad”. Individualidad o individualismo que nos come a cada rato de muy diversas formas que tú nos señalas, describiéndolo como personajes que quisiéramos ser o nos figuramos que somos, “personajes que yo fui -dices-, y que sobreviven por inercia, o por cobardía; personajes que yo creo ser, porque los envidia, o los repito, o los dejo calarse en mí por efecto de la moda; personajes que yo querría ser, y que me aseguran una buena conciencia porque creo serlos”. Y es verdad, Emmanuel: “tan pronto me domina uno como otro, y ninguno me es extraño, porque cada uno -nos previenes- aprisiona una llama tomada del fuego invisible que arde en mí -la siento a cada rato, Emmanuel- pero cada uno de esos (personajes) me sirve de refugio contra este fuego más secreto que iluminaría todas nuestras pequeñas historias, que dispersaría todas nuestras pequeñas avaricias”.

Me admiras, Emmanuel, cuando te alienas a ti mismo: “Despojemos a los personajes, avancemos más profundamente”. Y te sientes impulsado por tus propios deseos, tus voluntades, tus esperanzas, tus anhelos. Y te cuestionas: “¿Es ya éste mi yo?” Me temo, Emmanuel, que no, todavía. Tú eres muy exigente contigo mismo y yo, la verdad, temo, no serlo tanto conmigo. A ver qué más crees que hemos de avanzar y tenerlo muy claro para saber qué es, cuál es, el personalismo que viviste y promoviste. Me siento invitado y deseo corresponder.

Yo entiendo que tú estás muy centrado, más que en ti, en el mundo doliente que te rodea, en el mundo mentiroso e hipócrita que te rechaza, en el mundo avaro y conflictivo que se enfrenta contra sí mismo en luchas de poder y de prestigio y se hunde en guerras fratricidas, en el mundo inhumano e individualista, en el mundo

que te aparece, rápidamente, -no te engañas-, “como pequeños sistemas testarudos y cerrados contra la vida y el amor”. Y sientes que tus acciones, en ese marasmo en medio del que luchas por ser una luz y seguir un camino cierto, donde pises a tus anchas, liberado ya de toda atadura, “he aquí que (descubres que) también ellas hacen su discurso y las mejores (acciones mías) me parecen -dices, no sé si perplejo o consternado o confuso- las más extrañas, como si otras manos, en el último instante, hubieran sustituido a las mías”. ¡Qué sorpresa! ¿Contratiempo? Parece que a ti no hay nada que te detenga. Y haces “un esfuerzo aún -descomunal para mí-, y deshago -nos dices convencido y visionario, ¡qué seguridad la tuya!-, deshago estos nudos resistentes, para llegar a un orden más interior”.

Llévanos, Emmanuel, a este orden. Sinceramente queremos acompañarte en este viaje fascinante a nuestro interior, que será el encuentro necesario con la comunidad.

Dices que, en ese instante. “se (te) dibuja una organización celular, pero aún anárquica (y que) unos centros de iniciativa, pero todavía desorientados, encubren una orientación más profunda”. Pero parece que estás llegando, ya, al meollo del personalismo. Y nos aclaras que es un esfuerzo de unificación y depuración de lastres de individualismo, pero que no es mágica, esa unificación depuradora, ni automática, que es progresiva de todos nuestros actos, pasando por todos nuestros personajes y situaciones, en búsqueda ininterrumpida, del yo, que no estaré yo solo, sino que seremos muchos, seremos nosotros, seremos comunión y comunidad, llegaremos a ser auténticas personas. Todo este accionar, nos dices, que es “el acto propio de la persona..., el desenvolvimiento progresivo de un principio espiritual de vida, que no reduce lo que integra, sino que lo salva, lo realiza al recrearlo desde el interior, y este principio creador -a ver, a ver, cómo resuelves tu reflexión, ¿es lo que nosotros llamamos, en cada persona, su vocación?, -¡jojo!, y aclarando-: este principio creador no tiene como valor primario el ser singular, porque acerca al hombre a la humanidad de todos los hombres, por más que caracterizándole de manera única”. Faltaba más. “El fin de la persona... es la búsqueda ininterrumpida de su vocación, que es, así, en cierto modo, interior a la

misma persona, pero que lo proyecta al exterior en comunión con toda la humanidad, humanidad que ha tenido que ver con ese proceso interior”.

“De aquí -podemos concluir contigo, Emmanuel-, que el fin de la educación no sea tallar al niño para una función o amoldarlo a cierto conformismo, sino el de madurarle y de armarle, o, a veces, desarmarle, lo mejor posible para el descubrimiento de esta vocación que es su mismo ser y el centro de reunión de sus responsabilidades de hombre”.

Pero esto, Emmanuel, esta educación personalizante, responsabilizante, esencialmente humana, puede tropezar, en la vida concreta de cada uno, dentro de las organizaciones o instituciones en las que se mueve cada persona, profesional, social o religiosamente, con dos escollos. Y tú los señalas muy bien: el abuso sobre sí y el abuso sobre los otros. ¿Cómo lo explicas? Creo recordar, con bastante exactitud, lo que dices en tu manifiesto. Es fundamental.

Empiezas por señalar que la persona no debe tolerar, jamás, ninguna medida, ni material, ni colectiva, que lesione su libre elección, su sentido de la vida, su vocación personal. Desde luego, entiendo, Emmanuel, que, como tú remarcas con insistencia, esto no podrá pasar, de ninguna manera, si cada individuo, convertido en persona por su “esfuerzo de trascendencia personal”, por la conciencia de “sus vocaciones inconmensurables”, y, sobre todo, por “esa cualidad interior que selecciona a los hombres y los orienta mucho más allá de sus herencias, de sus talentos, de su condición”, guiados por el “corazón mismo de su existencia” personal, asume responsablemente la conducción de su vida.

En consecuencia, “poseyendo cada persona... un precio inestimable, ...infinito..., (se) prohíbe en absoluto a ninguna de ellas el tomar a los demás como medio, o clasificarlas según la herencia, el valor y la condición”. Más aún, “nuestro personalismo -insistes- (no sólo es) antiaristócrata sino que lucha por defender, a los beneficiarios de esta forma de ser y de pensar, de todo régimen autoritario, y, en toda clase de organización, proteger a sus miembros, tanto de “una cristalización de los engranajes”, como de “una rotura total entre dirigentes y dirigidos”, así

como de “una transformación automática de las funciones” de sus miembros.

Bien, Emmanuel, muy claro. Por ahí andamos los que trabajamos por convertir todo tipo de grupos -familiares, escolares de cualquier nivel, religiosos, civiles, de trabajo-, en grupos de encuentro y aprendizaje mutuo, de reflexión, donde se escuche a todos y nos tratemos como personas.

Como dices muy bien, hay que “separar el privilegio de la responsabilidad, y velar de forma permanente por la flexibilidad de los organismos sociales”. “El personalismo -concluyes- rechaza, a la vez, un aristocratismo que no diferencia a los hombres más que según la apariencia, y un democratismo que ignora su principio íntimo de libertad y de singularidad”.

Totalmente de acuerdo, Emmanuel, como buen educador humanista que eres, y que pretendo ser, y que muchos otros lo pretenden, también, por fortuna. Pero hay algo que va más allá de lo que dices. O, mejor dicho, que está en la base de toda educación humanista exitosa, y es, por encima y por delante de todo, el mejor argumento del personalismo, tu mejor argumento personal: el ejemplo, la coherencia entre lo que dice tu discurso y lo que tú has hecho siempre, fortalecer tu doctrina con tu propia vida, todo un paradigma vital a seguir.

Tú fuiste de conversión en conversión, autocrítico como el que más, dando pasos certeros hacia delante con la humildad del que se sabe falible y admite sus errores y endereza caminos, fiel a la vocación de acompañante y de respuesta permanente a los reclamos de la humanidad, que demanda solución a sus problemas -marginalidad, pobreza y miseria, injusticias y estructuras esclavizantes, riquezas excluyentes, envidias y odios, avaricias, y ejercicios de poder discriminatorio y partidista-.

Cuenta tu biógrafo más cercano a ti, Jean Lacroix, que abandonaste una carrera científica y literaria por el ejercicio de la docencia, porque te parecía ofrecer una vida más entregada; que, luego, abandonaste esa misma actividad docente por una misión educadora más amplia con marginados; que mantuviste, contra viento y marea,

la palestra de la palabra escrita reabriendo, una y otra vez, tesoneramente, tu revista “Espirit”, suspendida o clausurada, tantas veces, por falta de recursos o de apoyos, perseguida por su “peligrosidad” y su real fuerza de promoción de cambios sociales, preocupado, siempre, por “no emprender, nunca, una acción política que corriera el riesgo de separarte de las masas populares”. Y es, aquí, donde, cristiano como eras, mantuviste el diálogo con el partido comunista, por más condenas que te llovieran de la Iglesia Oficial, y sin dejar de tomar postura, con toda claridad, contra las mentiras de la política comunista. Tú, a través de todos estos combates, continuaste precisando tu proyecto de socialismo humanista.

Tu vida no fue cómoda, Emmanuel, ¿verdad? Llegaste a padecer la miseria en carne propia, en tu época de Lyon, cuando, huyendo de la persecución nazi, te refugiaste en esa zona libre y, desde ahí, te lanzaste a la lucha clandestina por la liberación del sometimiento racista hitleriano a que estaba siendo sometida Europa entera. Y no eras judío.

Finalmente, ya liberada Europa, aunque sometida a otros imperialismos nacientes, pudiste realizar el sueño de tu querido proyecto de vida comunitaria en Chatenay, símbolo viviente de tu pensamiento y de tu vocación. “La vida que ha dado un gran testimonio, jamás es quebrada” escribiste, hablando evidentemente de ti mismo, con verdad y humildad, en los primeros años de tu carrera militante. Y lo llevaste a cabo, sin interrupción, durante toda tu existencia terrena. ¿Qué decir después de esto?, se pregunta tu querido biógrafo Jean. Y se contesta: “antes de ser el filósofo del personalismo, Mounier fue, primero, una persona realizada”. ¿Qué te parece? Y esto es, sobre todo, lo que tus amigos -dice Lacroix- admiraron más de ti.

Y siguiendo con tu amigo, que concluye con una maravillosa síntesis de lo que fue tu vida y tu filosofía, recordaré, de nuevo, que, antes de hacer de la verdad un tema de reflexión filosófica, tú, Emmanuel Mounier, descubriste, a lo largo de tu propia vida, que la verdad del hombre es, antes que ninguna otra, la de su propia historia; que captar tu vocación fue comprender, y volver a tomar, el movimiento de conversión por el que constantemente te realizaste tú, todo

entero, en un largo proceso de verificación, para encontrar, a cada paso, tu verdadera vocación, y para construir, después, la unidad de tu pensamiento y de tus actos, y poner al unísono al pensador, al militante, al padre de familia y al periodista y escritor. Es, solamente en este sentido bien concreto, que se puede emplear contigo, a cabalidad, la expresión, tan manoseada, de intelectual comprometido.

Ahora sí, creo, entenderemos mejor tu reflexión vital, tu expresión escrita, tu pensamiento dialéctico, tu filosofía personalista.

No nos ayudó demasiado el traductor castellano, pues hay que saber un poco de francés para entender su castellano. Suerte que soy catalán y nosotros, los catalanes, construimos las frases con la misma lógica y sintaxis que ustedes, los franceses, las suyas.

¿Qué más aprendiste, Emmanuel, de tu vida ejemplar y nos transmitiste en tu Manifiesto al Servicio del Personalismo? Tantas cosas, ¿verdad? Muchas están en tus cartas y en tu diario íntimo. ¡Qué bueno que ya se han editado tus obras completas, en castellano!

Para concluir esta tan larga comunicación epistolar contigo, si me lo permites, quiero hacerte una pregunta: ¿conociste, por casualidad, a tu contemporáneo Albert Schweitzer? Te lo digo porque piensa igual que tú, y, además, rubricó su pensamiento, igual que tú, con su vida. El nació antes que tú, en el año 1875, pero murió después que tú, en el año 1965. Tú sólo viviste cuarenta y cinco años, él, noventa, el doble. No sé si lo citas, o lo recuerdas y nombras, en tus escritos. El es francés, como tú, aunque su apellido es alemán. Como que era de la Alsacia. Tú sabes.

¿No te acuerdas de un famoso virtuoso del órgano que recorría Europa entera ofreciendo conciertos como el mejor intérprete de Bach? Hasta escribió una excelente introducción a la música del compositor barroco-alemán, que sigue siendo, en nuestros días, un verdadero punto de referencia. Y has de saber, también, que con las regalías de su libro y de sus giras musicales, pudo financiar no sólo sus estudios de filosofía, de teología y de medicina, sino, además, la construcción y dotación de hospitales en las

misiones protestantes de las colonias francesas en África. Era pastor protestante. ¡Qué ejemplo! ¿No? Como tú, Emmanuel. Claro, ya lo sabías, me lo imaginaba. Cómo se te iba a escapar un hombre así. Y me dio un gusto enorme darme cuenta, hace poco, que su pensamiento es paralelo y refuerza el tuyo. Dice Schweitzer, en su libro "El camino hacia ti mismo":

"El hombre moderno ha perdido tanto la libertad como la capacidad de pensamiento. Este hombre sin libertad, disperso e incompleto, se encuentra, al mismo tiempo, amenazado por el peligro inminente de caer en la más completa falta de humanidad. Estamos perdiendo la capacidad de apreciar nuestras afinidades con los demás hombres, con nuestros congéneres. Cuando desaparece la convicción y la conciencia de que toda persona tiene un valor absoluto por el hecho mismo de ser persona, la cultura y la ética empiezan a vacilar. El avance hacia una completa y perfecta deshumanización se vuelve, entonces, mera cuestión de tiempo".

¡Qué tremenda razón tiene!, ¿verdad, Emmanuel? Es uno de los grandes profetas cristianos de nuestro siglo XX. Desde luego que Albert nos está diciendo que hay que impulsar la filosofía personalista que tú sembraste con tu emblemático manifiesto. Yo estoy seguro que la tenía que conocer. Estaba en el ambiente existencialista de mediados del pasado siglo.

Y prosigue, nuestro amigo franco-alemán, como escuchando tu llamado: "El hombre moderno se pierde en la colectividad de la manera más increíble". Y fíjate, Emmanuel, en lo que dice, que parece que te estoy escuchando a ti: "Una vez que el acto volitivo común se convierte en regla fija -nos dice Albert-, la libertad de pensamiento ya no sirve para nada, es inútil. -Y completa, cierto-: Solamente volveremos a sentir una necesidad de libertad espiritual, cuando cada persona vuelva a ser espiritualmente independiente, y se encuentre en una relación más digna y natural con respecto a las organizaciones, que son ahora la cárcel de su alma. -Con qué buena imagen sigue nuestro excelso músico y pastor-. Librarse de esta nueva Edad Media en que nos encontramos actualmente, costará mucho más de lo que le costó a la humanidad europea emerger de la anterior. Porque -explica con tremenda perspec-

tiva-, en aquella ocasión la lucha se dirigía contra ciertos poderes autoritarios, que habían sido impuestos por las circunstancias históricas. Hoy se trata, en cambio -nos advierte este pensador-, de lograr que el individuo pueda abrirse paso para escapar de la prisión espiritual que él mismo se ha creado, -Y se pregunta-; “¿puede haber tarea más difícil?”

Tú fuiste un gigante, en esta tarea, Emmanuel, y pudiste con creces, llevarla a cabo, por difícil que se te presentara. Ya nos dijiste cómo, paladín del personalismo: “Dos caminos se (nos) abren, efectivamente, al salir del individualismo hacia la obra... (tarea inmensa y perentoria) de nuestra personalización. Conduce, uno, a la apoteosis de la personalidad, a unos valores que van de abajo arriba, de la agresividad a la tensión heroica. El héroe es su culminación suprema. -Y nos aclaras, para que no nos confundamos de camino- Se podrían distinguir aquí varias ramificaciones (de este camino heroico): (el de los) estoicos, (el de los) nietzscheanos (y el de los) fascistas”.

“El otro, conduce a los abismos de la persona auténtica, que no se encuentra más que dándose, y que nos conduce a los misterios del ser. El santo (es el que) está al final de esta vía, como el héroe (es el que) está al final de la primera”.

Pero, Emmanuel, ¿cuáles son los apoyos en los que confiar para iniciar y seguir, hasta casi culminarlo, por lo menos, este camino de santidad heroica, de “violencia espiritual” como tu lo nombras y bautizas? Es doble el apoyo, nos dices: apoyo, entiendo yo, en nuestros dos ojos, nuestros dos oídos, nuestro doble olfato, nuestro tacto de ambas manos, nuestro andar con los dos pies, nuestro corazón y nuestra mente, nuestros sentidos y pensamientos, todo nuestro cuerpo y nuestro espíritu atentos, reflexivos, intuitivos de todas las presencias reales de esta vida, con actitud disponible y solidaria, enraizada en nuestra “capacidad de recepción y de donación”, que todos la tenemos. Es cuestión de confiar incondicionalmente en nosotros y en los otros: sólo así, al hallarnos, constante y valientemente, en cualquier “lugar donde la tensión y la pasividad, el tener y el dar se entrecruzan, luchan y se responden”, podremos enfrentarnos a la que tú llamas “la paradoja de la persona”.

Pero no estaremos solos en este combate, porque tú le llamas a este combate, “un combate común a favor de la organización personalista de la ciudad de los hombres”. Seremos muchos, nos organizaremos en comunidad, para vivir el apoyo y entrega mutua entre nosotros y con todos los otros. Es ésta la confianza de la persona, de la comunidad -“persona de personas” como tú la defines-, para la lucha victoriosa y generosa de cada día.

Y dices y subrayas: “Encontramos, pues, la comunión inserta en el corazón mismo de la persona, integrante de su misma existencia”.

Gracias, Emmanuel Mounier, por tu legado y tu testimonio. ¡A caminarlo y abrirle caminos!

Un abrazo entrañable